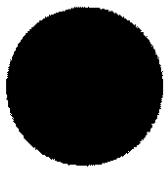


Fol 13633
374.7

SERIE

9 DIVULGACION

7



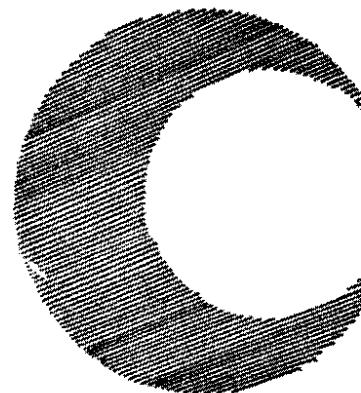
013633

Fol
374.7

239 /ejz

DE LA EDUCACION DE ADULTOS A LA EDUCACION PERMANENTE

Ej. 2 650-29



ineci

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION
DIRECCION NACIONAL DE EDUCACION DEL ADULTO

Serie Divulgación N° 7

- DINEA
- Belgrano 637
- Buenos Aires
- Argentina
- 1972

BIBLIOTECA	
Entró	19.2.73
Remitente	As. Con excepción de algunos países, la educación de adultos ha seguido en sus principios dos vías muy limitadas: la de la escuela y la de la universidad. No hay motivo, por otra parte, de ex-
Intervino	Araña.

FOL
374.7
9

Con excepción de algunos países, la educación de adultos ha seguido en sus principios dos vías muy limitadas: la de la escuela y la de la universidad. No hay motivo, por otra parte, de ex-Araña.

Los adultos deseosos de instrucción eran generalmente trabajadores que habían abandonado prematuramente la escuela o que nunca la habían frecuentado.

En tales condiciones los objetivos propuestos coincidían plenamente con los que la sociedad propone a los niños y a los adolescentes, a saber, rudimentarios medios de expresión y de comunicación intelectual y acceso a un conjunto de referencias históricas, literarias, científicas que aseguraran su integración en la colectividad.

Al igual que los niños, tales adultos aspiraban a ver sus esfuerzos garantizados por un título o diploma académicos.

Para el adulto, como para el adolescente, el certificado de estudios era a la vez un signo inequívoco de promoción intelectual y social, la llave que abría la puerta de acceso a toda una gama de empleos y ocupaciones.

Aún hoy en día encontramos esta motivación en numerosos adultos que ambicionan un puesto de policía, cartero, enfermero, taquimecanógrafo, y que siguen cursos nocturnos o por correspondencia organizados por el estado, los ayuntamientos o entidades privadas con fines lucrativos.

No coinciden solamente los objetivos, también los instrumentos de educación eran en general similares.

Los programas eran poco más o menos idénticos, siempre orientados en uno u otro caso a la obtención de un título o diploma apenas diferían las instituciones.

Los bancos en que durante el día se sentaban los niños recibían por las noches con su incomodidad y su estrechez a los alumnos adultos.

Tampoco los métodos de enseñanza sufrían la más mínima variación.

Se reducían muy a menudo a la tradicional explicación sucesiva de lecciones por parte del profesor, a los característicos problemas, ejercicios y deberes rigurosamente corregidos, sin ninguna referencia a la psicología, a la edad ni a los intereses de las diversas categorías de alumnos a los que se pretendía instruir.

En último lugar (yo diría, por encima de todo), el profesorado era el mismo.

Se confiaba la tarea de enseñar a los adultos (¿de qué otro modo se iba a hacer?) a los profesionales de la enseñanza, es decir, esencialmente a los instructores y, en una proporción mucho menor, a los profesores de escuelas secundarias.

Cualquiera que fuese el mérito y la calidad de tales maestros, su desvelo, ejemplar en la mayor parte de ellos, hay que reconocer que no cabía esperar ninguna actitud innovadora por parte de este sector.

Por numerosas razones que afectan tanto a su situación social como a su formación pedagógica, reducidas al aula de clase infantil y al dogmatismo característico de una educación preocupaada esencialmente de servir a los fines primordiales de una democratización cuantitativa, creían de buena fe que lo que era bueno para los niños no podía dejar de serlo para los adultos, en cuya infancia habían quedado privados de instrucción.

Para ellos se trataba simplemente de un llenar lagunas, de anexionar a los retrasados al proceso educativo universal y uniforme.

Esta concepción inspiró a fines del siglo XIX la experiencia de las universidades populares, en las que numerosos representantes eminentes de la ciencia, de la literatura y de la filosofía se esforzaron por ofrecer sus conocimientos y su dedicación a obreros y trabajadores.

No faltó generosidad, dedicación y entusiasmo, pero la empresa carecía de una visión realista de la relatividad de las experiencias y de las necesidades culturales, que varían en función de las características sociales, económicas o psicológicas de los individuos y de los grupos.

No tardaron mucho en aparecer malentendidos y los puntos acordados entre las autoridades y ciertos medios populares dinámicos cedieron a la presión de fracasos y decepciones.

Aunque el sistema de enseñanza tradicional haya prestado excelentes servicios en materia de la formación de adultos y continúe prestándolos, hoy en día se ha hecho ya manifiesto que no puede responder más que de un modo muy imperfecto a las aspiraciones, necesidades, capacidad y disposiciones de los adultos.

En primer lugar, para la gran mayoría de adultos los objetivos han superado rápidamente las ambiciones personales de promoción y de cualificación.

Dichos objetivos se han confundido con los de una lucha colectiva por una sociedad mejor y por una nueva forma de cultura.

En Inglaterra, por ejemplo, con el movimiento foral o en el resto de Europa con las revoluciones nacionales, a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, cuando la idea de una organización socialista agrupaba a las masas, la educación de adultos había revestido para muchos un carácter militante.

No se trataba de volver a la escuela para volver a integrarse en las mejores condiciones posibles en las estructuras de la sociedad burguesa y participar en su funcionamiento, sino de conquistar las armas intelectuales y técnicas de la emancipación del pueblo.

La lectura, la escritura, el cálculo, la literatura, la formación científica parecían como los auxiliares indispensables de la conquista del poder político y sindical.

Al mismo tiempo se elaboraba una nueva concepción de la vida cultural en la que, frente a las tradiciones burguesas, se afirmaban los valores propios del proletariado, procedente directo de la experiencia del trabajo y de la solidaridad en la lucha de clases.

Todo ello conducía a una visión de la vida y de la muerte en la que unas veces la utopía y otras la ciencia ocupaban el lugar que anteriormente se reservaba a la educación.

Esta ideología de la cultura popular, ligada a la evolución política, ha contribuido de un modo determinante a transformar la fisonomía de la educación de adultos.

Comprometido en el duro combate de la vida, el adulto, con sus antecedentes, sus aspiraciones, sus aceptaciones y sus rechazos, se diferenciaba totalmente del estudiante tradicional.

Los programas, los métodos, las lecciones del maestro han debido de modificarse para tener en cuenta esta originalidad, cuya base es la autonomía del alumno en el más amplio sentido de la palabra.

En contra del niño y del adolescente, que no entran en el proceso educativo más que bajo el efecto de presiones legales, administrativas o familiares, el adulto no se pone a disposición de una educación, cualquiera que ésta sea, sin dar su consentimiento a los objetivos de esta educación y sin participar activamente en su proceso.

Esta libertad no es totalmente absoluta, no están ausentes las obligaciones, aunque no sean sino económicas y actúen de un modo negativo, pero es evidente que ningún tipo de policía puede obligar a un adulto a estudiar.

La entrada de los adultos en el ciclo educativo (entrada no ya pasiva, sino reivindicadora) ha creado para los educadores una situación totalmente nueva e insospechada que, además de los factores políticos ya mencionados, ha implicado en el transcurso de la primera mitad de nuestro siglo una serie de transformaciones

cuya dinámica, después de haberse ejercido en la educación propia de adultos, tiende hoy en día a abarcar todos los campos de la educación en general.

Hoy en día se comprende mucho mejor la naturaleza y la vocación específica de la educación de adultos.

Mientras el joven es un ser disponible (1), el adulto es un ser comprometido, y este compromiso es la orientación más o menos voluntaria de una experiencia más o menos consciente, pero real y asumida.

La educación del adulto consiste fundamentalmente en ponerle en disposición de explorar y explotar las riquezas de esta experiencia y de esclarecer lo mejor posible este compromiso para que las alternativas del destino se conviertan en libertad.

Las aportaciones externas son sin duda indispensables para enriquecer las adquisiciones personales.

Pero no toman vida y significado más que si se insertan en la experiencia y en la conciencia global de un ser en posesión de sí mismo.

De este modo el objetivo principal de la educación del adulto es ayudar a éste a adquirir los instrumentos de expresión y de comunicación, de equiparle para las investigaciones gracias a las cuales se construye una personalidad a lo largo de toda la vida.

De todo lo anteriormente expuesto se deduce la necesidad de un cambio radical en el contenido, los métodos y la orientación de este tipo de educación.

No se trata ya de llenar lagunas sin colmar durante el período de la enseñanza primaria siguiendo una serie de programas más o menos calcados de los que actualmente están en vigor en escuelas, institutos y universidades.

Se trata de ayudar al adulto en su esfuerzo por asimilar, interpretar y estructurar los diversos elementos de su experiencia, de que la fuente de su estudio sea tanto el manual, el libro

de lectura, los medios de información, como cualquiera de las innumerables ocasiones de enriquecimiento intelectual que proporciona la existencia en sus dimensiones espaciales y temporales.

En adelante se habrá de poner más el acento en los métodos, las técnicas, los instrumentos de adquisición del saber que en el saber mismo y en la práctica de la reflexión crítica o inventiva antes que en la aceptación y memorización de ideas prefijadas.

Por otra parte, el hecho de que hay que tener en cuenta la personalidad total del adulto trae como consecuencia que la educación del adulto no puede reducirse ya al aspecto intelectual, sino extenderse al afectivo y al físico, al estético y al social.

La educación encuentra de este modo su verdadera dimensión, que es total, más allá de las definiciones limitativas, de las fragmentaciones y de tabúes que rigen aún la instrucción infantil y adolescente y la mutilan.

Es el ser entero que se compromete en una labor educativa teniendo por maestros una multiplicidad de situaciones: el trabajo, el ocio, la acción (profesional, cívica, individual), y por fuentes o medios de expresión los más diversos medios: teatro, clubes, exposiciones, libros, prensa, cine, radio, televisión, turismo.

Al mismo tiempo la relación unidireccional de profesor a alumno, es decir, de dominante en dominado en suma, cede su puesto a una relación de doble corriente, en la que el que da se pone en situación de recibir y recíprocamente.

De hecho la situación privilegiada de la educación de adultos viene determinada por la circunstancia de impartirse siempre en grupo.

La riqueza del grupo se debe a la aportación de cada uno de los miembros del mismo.

Cada uno contribuye a la investigación común tanto por el caudal de conocimientos que posee como por la abundancia y la fuerza de sus interrogantes internos.

La conducta del instructor, miembro también del grupo, no es una artimaña pedagógica.

Si bien es cierto que dispone de una competencia superior en su especialización, éste se abre y se integra en la riqueza del intercambio humano para sufrir de este modo una constante renovación.

El instructor debe convertirse por medio de un proceso natural en animador, actuando como catalizador de la dinámica del grupo, cuyo papel es el de suscitar situaciones antes que transmitir conocimientos, desvelar vocaciones o aptitudes y suministrar a unos y a otros los medios más apropiados de expresión y de búsqueda.

De este modo, merced a una evolución lenta unas veces, rápida otras, se ha llegado a concebir un nuevo orden educativo en el que la persona deja de ser objeto educativo para convertirse en sujeto de su propia instrucción.

Tal es la aportación doctrinal de un valor inestimable que la moderna teoría de la educación, forjada poco a poco a través de dudas y tanteos, suministra a la renovación de la enseñanza en su conjunto.

Precisamente por el hecho de que la concepción actual de la educación de adultos implica una renovación del sistema entero de enseñanza, se ha podido ver de un modo cada vez más evidente que este tipo de educación, relegado todavía a un lugar de inferior categoría, no podrá adquirir su impulso definitivo si no es en favor y al precio de una conversión general del sistema educativo.

No pensemos simplemente en la inevitable solidaridad del aparato institucional, que es particularmente importante en el

caso de la educación, ni en las exigencias generales de una planificación de conjunto. De un modo más concreto, podríamos contentarnos con mencionar un hecho pedagógico mayor que los especialistas de la educación de adultos han descubierto y clasificado, a saber, que el obstáculo principal de sus esfuerzos son las insuficiencias y defectos de la formación primaria de los que intentan educar. Esta afirmación parece ser evidente, pero a veces las realidades más evidentes son las más ignoradas. Durante generaciones los educadores de adultos apenas se han preocupado del tipo de instrucción que los seres confiados a sus cuidados hubiesen podido recibir a lo largo de su período escolar. Poco a poco se han ido dando cuenta de la inutilidad de sus lamentaciones y de sus críticas. Es falso en efecto, y en todo caso ridículamente inútil, hablar de apatía, de falta de interés de los adultos por la cultura o de las debilidades de la naturaleza humana. Las causas deben buscarse más bien en las lagunas y en las deficiencias de la enseñanza primaria. De este modo podemos preguntarnos: ¿cuál es la proporción de adultos que después de algunos años de escolaridad poseen una formación que les permite tener acceso a las condiciones fundamentales de la experiencia cultural? ¿Qué adultos disponen de conocimientos lingüísticos, de instrumentos de análisis, de estructuras intelectuales y afectivas necesarias para mantener una relación inteligente y activa con la naturaleza y con su medio sociocultural? ¿Cuántos son capaces de descifrar y asimilar los mensajes de todo tipo que son a la vez sustancia y precio de una vida: mensajes del arte, de la ciencia, de la historia? ¿Cuántos se encuentran dispuestos a emprender el camino de la investigación de la verdad, de la realización de su ser y de la adquisición de la sabiduría?

Si queremos que la cultura popular no sea más que un pálido reflejo de las grandes expresiones de la cultura universal, no podemos dejar de plantearnos estas preguntas y de hacer todo lo posible para que las respuestas sean satisfactorias.

Puesto que la educación de adultos ha aportado a los educadores (posiblemente sería más justo decir impuesto) la concepción del hombre como un proceso continuo y solidario extensivo a la vida y continuamente abierto a ella, se ha venido en llamarle "educación permanente". Y esta concepción, a su vez, ha sido la consecuencia clara de situar la educación de adultos en el corazón mismo de la inmensa empresa de renovación que afecta hoy en día a la educación en el mundo entero. No solamente la educación de adultos es de hecho la medida y el juez de la eficacia y de los valores reales de la educación escolar y universitaria, sino también, por sus contactos privilegiados con las condiciones y exigencias de la vida, parece destinada más que cualquier otra a comprender las transformaciones cuya necesidad experimentan tanto el individuo como la sociedad. Ningún aparato institucional más complejo, ninguna tradición por muy venerable que sea puede aportar iniciativas más satisfactorias.

Es probable, en definitiva, que en el terreno de la educación de adultos se libren, tanto en el plano de los hechos como en el de las ideas, los combates decisivos de la gran batalla de la educación moderna, que es la de la edificación de un nuevo modelo humano. Constituiría un error trágico por parte de los poderes públicos, de la opinión y de los educadores seguir considerando todavía la educación de adultos como un sector marginal y secundario, cuando está destinada a ocupar un lugar central y esencial.

MAHEU, René. — Director General de la UNESCO "De la educación de adultos a la Educación Permanente", en Boletín Centro de Documentación, N° 36. noviembre 1970, pp. 10-12.

(1) Si actualmente tantos jóvenes rehúsan ser tratados como tales, no es más que porque están ya comprometidos (a pesar de una precocidad generalmente creciente, los compromisos de los jóvenes suponen una infima excepción), porque se rebelan contra los compromisos objetivos a los cuales el sistema de educación (y el sistema de educación y el sistema social del que es parte integrante) le arrastra e impone a pesar suyo.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA DIRECCION GENERAL
DE ADMINISTRACION DEL MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION